



**ZONA
LIBRE**

Sombras de nadie

Alfredo Ruiz Islas

 **Norma**

**ZONA
LIBRE**

Sombras de nadie

ALFREDO RUIZ ISLAS

Norma

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile.

863.7

R85

2014 Ruiz Islas, Alfredo

Sombras de nadie / Alfredo Ruiz Islas. –
México : Norma, 2014.

224 páginas. – (Zona libre)

ISBN: 978-607-722-288-0

1. Literatura mexicana. 2. Novela.
3. Literatura juvenil. I. t. II. Ser.

D.R. © Alfredo Ruiz Islas, 2014

D.R. © Norma Ediciones, 2014

Bosque de Duraznos 127-2o Piso,

Bosques de las Lomas,

México, D.F. CP 11700

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Primera edición: marzo de 2014

Cuarta reimpresión, julio de 2019

Dirección Editorial: Lorenza Estandía

Jefe Editorial: Varinia del Ángel

Edición: Lizbeth Alvarado Mota

Diseño de cubierta y diagramación: Alfonso Reyes Gómez

Fotografía: Shutterstock

ISBN 978-607-722-288-0

*A mi madre Emma Lilia
y a mi hermana Patricia
por el respaldo, la compañía,
las tertulias y el impulso.*

*A mis bien amados ausentes,
José Islas Rojas,
Rosa María Islas Guerrero
y María Loreto Guerrero Arellano
por el ánimo siempre brindado.
In memóriam.*

El silbido suena a su izquierda. Largo y agudo. ¿Será de un ave, de un metal al frotarse contra otro, de una máquina? No. Solo es un silbido. Un silbido al que, de inmediato, le responde otro similar, surgido de entre los matorrales que cierran la vereda, quizá unos veinte metros por delante de donde se encuentra.

Entonces se da cuenta de que está perdido.

Despacio, intentando no llamar la atención, da media vuelta. La hojarasca cruje bajo la suela plástica de sus zapatos. Cruje una vez más cuando desliza el pie derecho hacia atrás y lo afianza en la tierra suelta del sen-

dero, tal y como lo haría cualquier corredor antes de enfrentarse a una prueba de diez mil metros planos. Tal cual. Solo que, en este caso, no hay pista, ni cronómetros, ni contendientes a la vista, ni mucho menos un público vociferante. Únicamente el parque desierto. El parque sin paseantes, sin nada que no sean sus árboles dispersos, la maleza que crece sin ningún orden, su estanque vacío. El parque en el que solo mora el viento. Solo el viento y nada más.

Es la apariencia. Entre las sombras se adivina el paso de un ratón, algún perro vagabundo. Una sombra que lo mismo puede ser una rata que una envoltura a la que empuja el viento. También, como ya se ha dado cuenta, en algún lugar están *ellos*. Lo sabe bien. Detrás de un árbol, detrás de los botes de la basura, dentro del mismo estanque o entre la maleza. Por ahí deben estar. Dos, cuando menos. Uno a su izquierda. El otro, al frente. Y vienen por él.

Ahora corre. Si consigue salir del parque y llegar a la avenida, estará a salvo. O, incluso, si encontrara a una persona en el parque, a una sola, podría considerarse salvado. No se hace muchas ilusiones al respecto, pero podría ser. Corre. El sendero se bifurca unos cuantos metros más adelante. Corre. Izquierda, derecha. Da lo mismo. Ambos conducen al exterior. Corre. A la avenida y la salvación.

Decide seguir el camino de la derecha. Parece un poco más iluminado que el opuesto –aunque no gran cosa– y si al final ambos llegan al mismo sitio, ¿qué más da tomar uno o el otro? Lo recorre como una exha-

lación, con la mirada atenta para salvar los pequeños escollos que pudieran surgir en su camino –piedrecillas, algún hoyo oculto por las hojas– y, al mismo tiempo, al tanto de lo que pudiera aparecer frente a él. O a sus costados. Parece tentado a volver la cabeza para ver si alguien lo sigue, pero sabe que, de hacerlo, irremisiblemente terminarán enredándosele los pies y se estrellará contra el suelo. Mejor no. Al frente y a los lados. Al suelo, también.

Su frenética carrera se ve detenida por un muro de concreto gris que le cierra el paso. Un muro enorme, de cuatro metros de alto por diez de ancho. Le lleva todo un segundo entender lo que sucede y ponerle nombre al objeto. La pared trasera de la biblioteca. No la recordaba. Como sea, el miedo lo paraliza. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Cómo sortearla...? Sacude la cabeza y se obliga a recuperar la serenidad. Respira hondo, nota que el sendero rodea el edificio de la biblioteca –no podría ser de otro modo– y termina de tranquilizarse. Ya. Bastará con darle la vuelta y listo. Por si fuera poco, la pausa realizada le permite aguzar el oído y darse cuenta de que no escucha nada a su alrededor. Ni pasos, ni voces. Mucho menos los silbidos extraños de hace unos momentos. Nada. ¿Entonces? No lo sabe. Lo más seguro es que, si alguien lo seguía –cosa que empieza a dudar–, la carrera lo ha dejado tan fatigado que prefirió desistir. O quizá se perdió. O tal vez ni siquiera fue real. Eso es. No puede evitar sonreír cuando la idea anida firmemente en su cerebro. No hay nadie. Nunca lo hubo. Nadie. Mucho menos *ellos*. Esos *ellos* que

aparecen en todas las historias de terror que se cuentan por las noches en el albergue. *Ellos*, los que están en todas partes, los que se aparecen y desaparecen a voluntad, los que miran y escuchan y saben y actúan y obligan y dominan. *Ellos*. El foco de todo mal.

Sea como sea, es claro que *ellos* no están aquí, en el parque. Posiblemente no están tampoco en ningún sitio, pero eso es algo que, de momento, no le interesa corroborar. No están. Por si acaso, mira de nuevo a su alrededor. No hay nada. Pero nada en absoluto. Ni siquiera uno de esos pobres perros sin hogar que suelen acurrucarse debajo de las bancas o una ardilla vagabunda que, tras descender de un árbol, se anima a cruzar el camino de tierra apisonada. Nada. Confortado por su descubrimiento, reemprende la marcha despacio. Hasta se da el lujo de disfrutar el paisaje que le ofrece el parque –aun en medio de las sombras– y aspira el aire puro de la noche. Tendrá que contener su imaginación si quiere evitar este tipo de sobresaltos en el futuro. Ponerle freno y hacer menos caso a los cuentos del albergue. De verdad que sí. Dominar sus fantasías y dejar de aterrorizarse antes de que le dé un infarto. O de que lo mate una sobredosis de ridiculez.

Los autos circulan sobre la avenida, uno tras otro en ruidosa sucesión. Ocasionalmente pasa una motocicleta y, rara vez, un autobús. Se detiene junto a las bancas de la biblioteca, a diez pasos de la barra metálica que sirve de soporte a dos docenas de bicicletas rojas, y mete la mano en el bolsillo derecho del pantalón. No

hay suerte. Ni una moneda. Confiaba encontrar cinco pesos y abordar un camión que lo llevara de vuelta al albergue. Ahora tendrá que recorrer a pie las cuarenta o cincuenta cuadras que lo separan de su destino. Caray. Podría jurar que tenía cinco pesos. Quizá en el otro bolsillo...

El silbido suena justo en su oreja. Largo y agudo. Al instante, una mano grande, fuerte y tosca, se posa en su hombro.

–Ven.

La voz es ronca. Desagradable. Con un leve acento fuereño que no alcanza a distinguir. No ha gritado. Ni siquiera ha sonado irritada. Se ha limitado a expresar una orden, con toda tranquilidad. Ven. ¿Adónde? No sabe. No importa. Lo único es que *ellos* –sí, *ellos*, esos mismos *ellos* que se supone que no existen– están aquí. Uno, a su izquierda, el que ha hablado. Otro, a su derecha, el que ha silbado. Son un par de formas oscuras. Aunque no se anima a girar la cabeza para meterlos uno por uno en su campo visual, le queda claro que ambos visten de negro, de la cabeza a los pies. Perfiles negros que cubren sus rostros con máscaras, pasamontañas, pañuelos o algo similar. Algo que no deja ver sino sus ojos, y aun estos los ocultan tras los lentes oscuros.

Las dos siluetas permanecen de pie, una a cada lado, a la expectativa. El sujeto de la izquierda le ha soltado el hombro y parece mirarlo. No lo sabe a ciencia cierta, pero es la impresión que le da. En tanto, el otro mira a su alrededor, atento a la menor señal de peligro que

aparezca en el entorno. De momento, todo se mantiene igual que hace unos instantes. Los automóviles no dejan de circular por la avenida. Las ocasionales motocicletas, tampoco. El parque sigue pareciendo desierto. Tanto así que, por un momento, le parece que puede burlar a sus oponentes y echar a correr. Tal vez. Si diera un paso hacia adelante y, de repente, emprendiera la fuga en la dirección opuesta... No. ¿A quién quiere engañar? Es presa de un terror tan violento que las piernas se le doblarían si intentara moverlas. De puro milagro no se ha desmayado.

—Ven.

La voz ronca y desagradable insiste. Extiende una mano y le señala el camino. Ahí, estacionada al borde de la banqueta, justo detrás de las bicicletas rojas, ha aparecido una camioneta oscura, sin ventanillas en la parte posterior.

—Ven.

Está paralizado. No acierta a negarse, a exigir razones. Las preguntas —qué, quiénes, por qué, adónde— se agolpan en su cabeza, invaden su boca, mueven su lengua pero terminan estrellándose contra sus dientes y mueren de inmediato.

—Vamos.

Ahora ha hablado el otro. Su voz es apenas un susurro rasposo, impregnado del mismo acento exótico. Sin más, lo coge por un brazo y lo obliga a dar un paso hacia la camioneta. Uno. Luego otro. Uno más. Lo peor es que no encuentra cómo resistirse. Rasposo jala de él, al tiempo que Ronco se sitúa detrás y apoya

ambas manos en su espalda. Despacio, muy despacio, se acercan al vehículo. Un tercer sujeto abre la puerta trasera y asoma la cabeza, expectante.

–¡No!

Por fin reacciona. El grito reverbera en todo el parque, rebota en las paredes de las casas cercanas y regresa a sus oídos convertido en un alud interminable de ecos.

–Calla, maldito.

–¡No! ¡Déjenme ir!

La marcha se acelera. Los hombres intentan levantarlo en vilo, lo que solo ocasiona que comience a patear. Sus pies alcanzan espinillas, muslos, rodillas. Los sujetos hacen caso omiso al dolor –que no ha de ser mucho– y avanzan.

–¡No! ¡No!

–Hazlo callar –dice Ronco–. Hazlo callar antes de que tengamos encima a todas las patrullas del sector.

Siente un golpe en la cabeza. Dos golpes. Aturdido, se siente llevado por los aires y lanzado con violencia sobre una superficie dura. Alcanza a percibir el impacto producido por la portezuela de la camioneta al cerrarse y el sonido del motor que enciende. Luego, nada. Solo la negrura.

1.

Lo primero que escuchamos al entrar en el comedor es que se ha producido una baja en nuestras filas durante el fin de semana.

–Domingo desapareció –dice Adrián, con aire misterioso.

–Y en domingo –interviene el Pelos, inoportuno como solo él puede serlo cuando se lo propone–. Qué ironía.

Regreso a la puerta y dirijo la vista hacia todos los rincones del patio, tratando de descubrirlo tonteando por ahí, o escondido, o quizá solo mirando al cielo. No está. Adentro, en el comedor, sentado frente a alguna de las diez largas mesas de metal con cubiertas de madera de imitación, tampoco.

–¿Desapareció? –pregunto bobo–. ¿Cómo?

–Pues así –contesta Adrián, peinando con los dedos su melena rizada–, como desaparece cualquiera. Antes estaba, ahora ya no está.

–Quiero decir que cómo sabes que desapareció –insisto, sin dejar de buscarlo a mi alrededor–. ¿Qué tal que anda por aquí y no lo hemos visto?

Siempre es posible. Puede que se haya quedado dormido fuera de su cama, o que nadie lo haya visto debajo de las cobijas, o que tampoco hayan notado el momento en el que entró a las regaderas...

–¿Lo ves por aquí, en algún lado? –el Pelos sube la voz, lo que hace que comience a formarse una rome-ría de buenas proporciones a nuestro alrededor–. No, ¿verdad?

Parece tener razón, cosa que no me agrada en lo absoluto. Domingo es mi amigo. No el único ni el mejor, pero es mi amigo. Como el mismo Pelos, o como Adrián. Incluso como Iris o Greta. Un buen amigo. Y todo indica que lo hemos perdido.

–Seguro se escapó –aventura el gordinflón Juanma, salido de la nada, al tiempo que olfatea el aire para descubrir qué es lo que habrán de servirnos como desayuno.

–¿Domingo? –el Pelos suelta una risotada–. ¿Domingo el comodón? ¿Domingo el que ama a su cama más que a nada en el mundo? ¿Domingo el que todos los días nos dice lo feliz que está por tener tres comidas, un techo, una cobija y a su amada cama? ¡Por favor!

–Yo solo decía –dice Juanma, y luego agrega, haciendo una mueca–: huevos con jamón.

–Nadie en su sano juicio deja todo eso y se regresa a la vagancia –dice el Pelos, apuntando a la cara de Juanma con un dedo.

–No sé si nadie o alguien –dice Adrián–. Lo único seguro es que Domingo, no.

–Si no se escapó –digo, mirando alternativamente a los que están en el corrillo–, ¿qué?

–Un accidente –dice el Pelos, fatalista–. Cruzó una calle sin fijarse y lo apachurró un camión.

–¿Te consta?

–No –dice, categórico–. Pero es posible. En cualquier momento vendrá don Máximo a darnos la mala noticia.

–Don Máximo –busco con la mirada al encargado del albergue, un sujeto alto, pálido y de negrísimos cabellos, cuyo rostro mal rasurado siempre muestra una expresión entre ruin y burlona–. Ese no nos diría nada.

–Ahí lo tienes –reitera con mucha convicción, al tiempo que se pasa la mano por su cabeza calva, que es la que le ha valido el mote de “el Pelos”–. Seguro está en un hospital y nosotros aquí, sin saber.

–Cómo eres tarado, Pelos –lo reprende Adrián–. ¿No se te ocurre que algo más haya podido pasarle?

–¿Algo? ¿Como qué?

–No sé –Adrián se retuerce las manos–. A lo mejor...

–Con su permiso, me voy a desayunar –interrumpe Juanma–. En una de esas, entre que estamos viendo si sí o si no, nos dejan a pie. Y yo, la verdad –dice, pasan–

do una mano por su abultada barriga-, amanecí con mucha hambre.

–Cuándo no –dice Adrián, haciéndonos una señal con la cabeza para que entremos también.

El comedor es un cuadrado de quince metros por lado, con paredes de color gris sucio y unos grandes ventanales que dan al patio del albergue. Al fondo se ubican las estufas en las que las cocineras –doña Chenchá y sus tres ayudantes, dos mujeres y un hombre– preparan la comida que nos sirven a lo largo del día, junto con la barra sobre la que deslizamos nuestras charolas para que nos atiendan y el fregadero y los aparadores de fierro que sostienen cazos y ollas calientes. Frente a la barra están las mesas en las que comemos, organizadas en dos hileras iguales: cinco para las niñas, cinco para nosotros. Al menos es lo que se supone. Lo cierto es que cada quien come donde encuentra lugar, del lado que sea, y nadie protesta. En ocasiones, Ubaldo, el prefecto, nos mira con gesto agrio y frunce las cejas, pero nunca dice nada. Como ahora. No bien entramos, tres pares de manos se agitan a la distancia, indicándonos que nos han apartado lugares en esa misma mesa... al fondo, del lado de las niñas. Los tres –el Pelos, Adrián y yo; Juanma se mueve aparte y, de hecho, ya se ha sentado con sus amigos, unos niños pequeños a los que por lo regular no soportamos– asentimos vigorosamente con la cabeza y nos dirigimos a la barra.

Primero, la charola. Servilleta, cuchara pequeña, tenedor. De la parte superior de la barra tomamos una

taza de café y avanzamos hasta el sitio en el que doña Chenchá entrega los platos conforme Toña los va sirviendo. De un lado, frijoles refritos. Del otro, huevos con jamón. Un paso más adelante, el canasto con los bolillos. Equilibramos nuestras cargas lo mejor que podemos, saludamos con un gesto a Ubaldo –que nos responde con un “hum” que quiere sonar malhumorado, aunque todos sabemos que el hombre es inofensivo– y nos dirigimos a la mesa en la que nos esperan.

–¡Ya supieron! –dice Iris en cuanto nos sentamos y antes de que podamos siquiera ponerle azúcar al café.

–Ya –dice Adrián, mirando embelesado a la niña alta de largas trenzas y hoyuelos en las mejillas. Para nadie es un secreto que Iris le encanta. Para nadie. Excepto para la propia Iris.

–¿Y?

–Lo que sabemos es muy poco –como de costumbre, el Pelos le roba a Greta un pedazo de su bolillo y la niña, juguetona, le da un manazo–. Domingo salió ayer y no ha llegado. A todas luces, y a menos que alguien le haya cambiado el significado a las palabras, está desaparecido. Desaparecido –me mira de reojo–, aunque a Güicho no le guste.

–No es que no me guste –digo, concentrándome en los huevos con jamón, que comienzan a estar fríos y resecos–. Es solo que... me preocupa.

–A mí también –dramatiza Olivia, llevándose una mano a la frente–. No quiero ni imaginar en qué condiciones estará ahora la criatura...

–No es para burlarse –le digo, serio–. O me vas a decir que te vale gorro lo que pueda haberle ocurrido.

Olivia suspende el teatro y clava la vista en la mesa. Sabe que se ha pasado. Peor todavía, sabe que no puede permanecer indiferente. El solo hecho de haberla tomado aparentemente a la ligera demuestra que la ausencia de Domingo le afecta. Qué tanto, no lo sabemos. No es de las que exteriorizan lo que sienten, ni tampoco es aficionada a mostrarse tal y como es. Lo mismo que Domingo. Por eso se llevaban bien. Hubo quien empezó a correr el rumor de que eran novios, pero a mí no me lo pareció. Solo sé que eran cercanos. Mucho. Son de la misma edad –los dos tienen dieciséis años y, por ende, son los más grandes de todos nosotros–, reservados y un poco inmaduros. Y esto último, la inmadurez, es la pura máscara. Tanto de Olivia como de Domingo.

–Yo tengo una idea...

Nos encaramos con Adrián todos a un mismo tiempo pero él, decidido a ponerle un poco de suspenso al asunto, come lo que le resta de huevo, frijoles y bolillo. Luego lo mastica a consciencia. Lo miramos masticar, masticar y masticar. ¿Un pedacito más de bolillo, robado a Greta? Faltaba más. Y no deja de rumiar. Siento cómo la tensión crece a cada segundo que pasa, pero Adrián no parece dispuesto a apurar su masticación. Por fin termina. Solo un traguito de café y listo. Misión cumplida.

–Habla –le dice entre dientes el Pelos–. Antes de que te arranque las orejas.

–O la lengua –lo secunda Greta.

–Ya, ya –manotea Olivia–. Anda, hombre. Mira cómo nos tienes.

–Ah –suspira Adrián y se da unas palmaditas a la altura del estómago–. Perdonen. Les decía que tengo una idea...

–Ya lo has dicho –el Pelos hace tamborilear sus dedos sobre la mesa–. Pero no sabemos en qué consiste.

Adrián nos mira uno por uno. Muy fijo. A señas nos indica que nos acerquemos, así, muy juntos. Tan juntos que nos escuchamos respirar.

–¿Qué es? –pregunto en un susurro y de inmediato me siento estúpido, como si estuviera en una película barata de mafiosos.

–Yo creo –cuenta Adrián en un cuchicheo casi inaudible– que fueron... *ellos*.

–¿Qué? –grita Iris junto a mi oído y por poco me rompe los tímpanos; los dos–. ¿Dices que...?

–Shhh –la calla Adrián y regresa a su cuchicheo–. Sí. *Ellos*.

–¿De dónde se te ocurre? –el Pelos mira hacia todos lados antes de preguntar. No quisiera decirles que, con esta actitud de conspiradores ridículos, lo más seguro es que todos en el comedor estén pendientes de lo que decimos.

–No hay de otra –Adrián verifica que todos hayamos terminado de desayunar y mira el reloj que preside el comedor. Son las 7:40. Tenemos veinte minutos para conversar antes de que inicien las clases–: vamos afuera.

Salimos del comedor, sintiendo encima de nosotros al menos quince pares de ojos. Qué más da. De un modo o de otro, por boca nuestra o de alguien más, todo mundo terminará enterándose de lo que hablemos. Y hasta de lo que no.

—Estábamos en que *ellos*... —suelta Iris en cuanto nos acomodamos en la banca que, por lo general, funciona como nuestro centro de operaciones. Como está en el extremo del patio, detrás de un árbol de buen tamaño, un arbusto y una jardinera, nos brinda una privacidad más que razonable.

—Sí, *ellos* —dice Adrián, muy serio—. *Ellos* se lo llevaron.

—Pero ni siquiera sabemos quiénes son *ellos* —espeta Olivia, cosa en la que los demás estamos de acuerdo. Por si hiciera falta clarificarlo, el Pelos se lo dice a Adrián con una mueca irónica:

—Esos *ellos*, queridísimo Adrián, solo viven en tu cabeza. En esa cabeza tuya en la que también viven Supermán, cinco héroes de *manga*, los aviones *Sukhoi*, la radio de onda corta, el helado de queso y... —mira de soslayo a Iris, sin atreverse a agregar nada más— y...

—¡No! —se desespera Adrián—. Estos son reales.

—Pruébalo.

—No puedo —sus manos se elevan, suplicantes—. ¡No puedo! Pero sé que existen. Es más: puedo asegurarles que *ellos* son los responsables de todas las desapariciones que ha habido en el albergue durante los últimos meses.

—No lo creo —interviene Greta—. Si la memoria no me falla —sus dedos comienzan a levantarse, uno a

uno, mientras efectúa un rápido repaso—, Marilyn, la loca Marilyn, se fue para el norte a buscar a su papá. Luego... Rigo, ¿se acuerdan de Rigo? —espera a que asintamos todos para proseguir—: Rigo encontró trabajo en una tintorería y se marchó. Mmm... La Nena...

—¿Quién? —pregunta Iris, haciendo bizcos.

—La Nena... la chica aquella muy mona, de naricita respingada y ojos color avellana.

—Ah.

—A la Nena la descubrió un productor de televisión y se la llevó para meterla a estudiar actuación. El día menos pensado la vemos en una telenovela.

—Tito regresó a la vagancia —digo taciturno—. Aunque no lo he visto y, por lo tanto, no me consta.

—Ese es el punto —dice Adrián, animado—. Ninguno de nosotros sabe si, en realidad, Marilyn se fue al norte, Tito anda de vago, Rigo trabaja y la Nena se prepara para ser la estrella que todo México espera ver en la tele. No lo sabemos.

—Ahora que lo dices —dice el Pelos—, es cierto. Nos han dado las noticias...

—Pero no sabemos nada —completa Olivia.

—Lo más lógico —prosigue Adrián— es que, al menos, nos hubiéramos encontrado por ahí a Tito. Digo, si salimos todas las tardes y nos movemos por los rumbos por los que lo hemos hecho toda la vida, no habría razón para no verlo.

—A menos que, de la pena —razona Iris—, haya decidido cambiarse de colonia.

–La pena no te da de comer –digo, con muchísimo conocimiento de causa–. Te dan de comer los que te conocen, los que se apiadan de ti porque te ven a diario y saben que nada más eres un chavo de la calle, no un vicioso ni un malviviente.

–No entendí.

–Digo que no es buena idea irte del lugar en el que te conocen solo porque “sientes pena”. Ese es el mejor camino para morirte de hambre.

–O de frío –dice el Pelos.

–O de hambre y de frío –remata Adrián–. La cosa es que no hemos visto a Tito. Tampoco sabemos si los demás realmente hacen lo que nos dijeron que hacen.

–Pero eso no quiere decir que *ellos* existan –dice Greta, cada vez menos convencida–. Puede tratarse de una casualidad.

–Yo quiero creerte –le digo a Adrián–. Quiero creerte porque me parece sumamente extraño que Domingo se haya ido. Es solo que...

–¿Qué?

–Que todo el rollo de *ellos* me parece absurdo.

–Les digo *ellos* –me instruye; o, mejor dicho, nos instruye a todos– por decirles de algún modo. ¿Te sonaría más real si los llamara “los robachicos”?

–No inventes –ríe Olivia–. Esa palabra es de mi abuelita.

–¿Me creerías? –Adrián opta por ignorar a Olivia y se dirige solo a mí–. Si yo les pusiera un apodo, solo uno, ¿te parecerían más reales?

–Sí y no. Necesitaría verlos.

–Pues vayamos a verlos.

–¿Cómo? –preguntamos todos al mismo tiempo; el pasmo nos gana, y solo el Pelos termina de lanzar preguntas–: ¿Sabes dónde están? ¿Y por qué no nos lo habías dicho?

–Porque no lo sé –confiesa Adrián–. Pero, si mi instinto no me engaña, deben estar cerca de aquí...

El sonido de una escoba se deja escuchar un poco hacia nuestra izquierda. Ras, ras, ras. Guardamos silencio y esperamos un poco. Ras, ras, ras. La escoba se acerca. Con todo el disimulo que podemos, nos asomamos por encima de la jardinera y vemos a Fernando, el viejo afanador, que barre una y otra vez el mismo lugar. Ras, ras, ras. Luego, sin decir palabra, se acerca adonde estamos y prosigue con su barrido. Extrae de debajo de nuestra banca dos envolturas de papitas, revisa las hojas del arbusto, recarga la escoba contra la pared, verifica que no haya basura en la jardinera –que no, no la hay– y se dedica a inspeccionar otra vez las hojas del arbolillo.

Dirijo una mirada interrogante a Adrián, que me responde con un gesto. Le da lo mismo. El Pelos, en tanto, hace un ademán enérgico. Silencio. No creo que fuera necesario indicárnoslo, pero nunca está de más. Aquí todo mundo sabe que, si hay alguien poco de fiar, ese es Fernando. El Chismes, como le dicen. La oreja oficial de don Máximo. Un tipo que no solo corre a contarle al encargado todo lo que ve a su paso, sino que también es muy afecto a decir lo que no pasa y a inventar lo que cree que está pasando.

Ahora nos mira. Le devolvemos la mirada sin decir una palabra. Hace una mueca y empuña de nuevo su escoba, pero no barre. En lugar de ello, nos dirige una fea mirada, con sus ojillos malignos entrecerrados para que tenga mayor efecto. Habrase visto.

–No tiene caso que finjan –dice con voz cascada–. Sé de lo que están hablando.

–Ah –le responde Iris, a quien el hombre le resulta particularmente antipático–. ¿Y?

–¿Saben una cosa? –espera una respuesta de nuestra parte pero, como nadie está interesado en seguirle la conversación, se encoge de hombros y prosigue–: creo que están locos. Sí. Locos, locos. Le ponen mucha imaginación a un asunto que no tiene vuelta de hoja.

–¿No? –se me escapa, aunque estaba decidido a no decir una sola sílaba.

–No –Fernando me observa fijamente–. Domingo se largó. Y se largó porque es un vago. Porque ama la calle. Porque aquí nunca estuvo cómodo.

Olivia se incorpora para responder al vejete. Adrián lo percibe, le da un tirón en la manga de la blusa y la obliga a permanecer en silencio. Fernando nos regala una sonrisa de medio lado y termina de despotricar:

–Domingo se fue. Eso es lo que pasó. Y a lo mejor es lo que deberían hacer todos ustedes: irse. Recuperar su libertad. Irse adonde les dé la gana para que nadie de los que estamos aquí los fastidiemos. Y, de paso, para tampoco fastidiarnos a nosotros.

Suelta una risilla que más parece un crujido, pasa la escoba de nuevo por el piso de concreto, toma las

envolturas que ha recogido de debajo de la banca y se retira. Nosotros aguardamos a que dé la vuelta al edificio y se pierda de vista para hablar de nuevo.

–Tarde se le va a hacer a ese para ir y contarle a don Máximo lo que estamos haciendo –dice el Pelos, enfadado.

–¡Pero si no estamos haciendo nada! –dice Greta, riendo a carcajadas.

–Es lo de menos. Algo se le ocurrirá.

–Vamos a lo nuestro –trato de recordar en qué estábamos antes de la intempestiva aparición de Fernando.

Por fortuna, Adrián no parece haber perdido el hilo de lo que nos contaba y sigue como si nada hubiera pasado:

–Les decía que creo que *ellos... ellos*, están cerca de aquí.

–¿Qué tan cerca? –el miedo le nubla la voz a Iris que, sin pensarlo, toma de la mano a Adrián. Me cuesta un poco contener la risa al ver cómo aparece un gesto turbado en su rostro mientras se le suben los colores.

–No mucho –le responde, tratando de que la mano no le tiemble–. O no sé. Domingo nunca se alejaba mucho del albergue en sus excursiones. Se metía en las tiendas de la plaza a ver la televisión, o iba al parque y ayudaba a empujar el trenecito.

–Conozco el parque –dice el Pelos– y no está precisamente cerca de aquí. Tampoco la plaza.

–Lo importante es saber por dónde se movía –dice Adrián, ganando seguridad–. Con eso basta.

–En alguna ocasión nos dijo –anota Olivia– que ahí mismo, frente al parque, tenía unos clientes a los que les sacaba a pasear un par de perrillos.

–Podemos entonces suponer –una sonrisa triunfal invade el rostro de Adrián– que *ellos* andan por ahí. En el parque. O cerca del parque.

–¿Y qué haremos? –digo, con un plan a medio formar en mi mente.

–Ir adonde iba Domingo –Adrián chasquea los dedos–. Darnos una vuelta por el parque, entrar en la plaza, buscar a los que pasean perros. Alguien tiene que haberlo visto.

Suena el timbre, lo que indica que nuestro día escolar está a punto de iniciar. Aunque vamos en grados distintos –Iris, en primero de secundaria; Greta y yo, en segundo. Adrián, el Pelos y Olivia, en tercero–, la falta de espacio nos obliga a tomar las clases en el mismo salón. Vemos a Ubaldo arrear a los chiquillos que remolonean en el patio –sobre todo los de primaria– y luego, advertido de nuestra presencia, camina hacia donde nos encontramos.

–¿Entonces? –el Pelos se pone de pie, alisa su pantalón arrugado y se frota las manos, señal de que se alista para acometer lo que se le ponga enfrente. En este caso, la clase de matemáticas.

–Nos vemos para comer –dice Adrián.

–Lógico.

–En cuanto hayamos comido –digo, mientras indico a Ubaldo con una seña que estamos en camino–, nos vamos.